Marcos

1 Principio de las buenas noticias de Jesucristo,
Hijo de Dios.
2 Como está escrito en el profeta Isaías: Mira,
envío mi mensajero delante de ti, quien
preparará tu camino.
3 Voz de uno que clama en el desierto: Preparen
el camino del Señor; enderecen sus sendas.
4 Juan vino bautizando en el desierto y
predicando un bautismo de arrepentimiento
para perdón de pecados.
5 Toda la región de Judea y todos los de
Jerusalén salían a él. Confesaban sus pecados, y
Juan los bautizaba en el río Jordán.
6 Juan usaba ropa hecha de pelo de camello y
llevaba un cinturón de cuero en la cintura. Comía
chapulines y miel silvestre.
7 Predicaba diciendo: Después de mí viene uno
más poderoso que yo. No soy digno ni de
agacharme para desatar la correa de sus
sandalias.
8 Yo los he bautizado con agua, pero él los
bautizará con el Espíritu Santo.
9 En aquellos días, Jesús vino de Nazaret de
Galilea, y Juan lo bautizó en el Jordán.
10 Enseguida, al subir del agua, Jesús vio que los
cielos se abrían y que el Espíritu descendía sobre
él como una paloma.
11 Y vino una voz de los cielos: Tú eres mi Hijo
amado; en ti tengo complacencia.

12 Enseguida el Espíritu lo llevó al desierto.
13 Estuvo en el desierto cuarenta días, siendo
tentado por Satanás. Estaba con las fieras, y los
ángeles le servían.
14 Después de que Juan fue encarcelado, Jesús
fue a Galilea predicando las buenas noticias de
Dios.
15 Decía: El tiempo se ha cumplido, y el reino de
Dios se ha acercado. Arrepiéntanse y crean en las
buenas noticias.
16 Mientras caminaba junto al mar de Galilea,
vio a Simón y a Andrés, hermano de Simón,
echando una red en el mar, porque eran
pescadores.
17 Jesús les dijo: Vengan en pos de mí, y yo los
haré pescadores de hombres.
18 Enseguida ellos dejaron sus redes y lo
siguieron.
19 Un poco más adelante, vio a Jacobo, hijo de
Zebedeo, y a Juan, su hermano. Estaban en la
barca arreglando las redes.
20 Enseguida los llamó. Ellos dejaron a su padre
Zebedeo en la barca con los jornaleros, y
siguieron a Jesús.
21 Llegaron a Capernaúm. En el día de reposo,
Jesús entró en la sinagoga y comenzó a enseñar.
22 La gente se asombraba de su enseñanza,
porque les enseñaba como quien tiene autoridad,
y no como los escribas.
23 En la sinagoga de ellos había un hombre con
un espíritu inmundo, que gritó:

24 ¿Qué tienes que ver con nosotros, Jesús de
Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Sé quién
eres: el Santo de Dios.
25 Jesús lo reprendió, diciendo: ¡Cállate y sal de
él!
26 Entonces el espíritu inmundo sacudió al
hombre con violencia, gritó a gran voz y salió de
él.
27 Todos se asombraron, de tal manera que se
preguntaban unos a otros: ¿Qué es esto? ¿Una
enseñanza nueva con autoridad? ¡Manda aun a los
espíritus inmundos, y ellos le obedecen!
28 Y enseguida su fama se extendió por toda la
región de Galilea.
29 Al salir de la sinagoga, fueron a la casa de
Simón y Andrés, con Jacobo y Juan.
30 La suegra de Simón estaba acostada con
fiebre, y enseguida le hablaron de ella.
31 Jesús se acercó, la tomó de la mano y la
levantó. Al instante la fiebre la dejó, y ella
comenzó a servirles.
32 Al atardecer, cuando el sol se había puesto, le
llevaron a todos los enfermos y endemoniados.
33 Toda la ciudad se reunió a la puerta.
34 Jesús sanó a muchos que estaban enfermos
de diversas enfermedades, y echó fuera muchos
demonios. Pero no dejaba hablar a los demonios,
porque sabían quién era él.
35 Muy de mañana, cuando todavía estaba
oscuro, Jesús se levantó, salió y se fue a un lugar
solitario; allí oraba.
36 Simón y los que estaban con él fueron a
buscarlo.

37 Cuando lo encontraron, le dijeron: Todos te están buscando.
38 Él les dijo: Vamos a los pueblos cercanos, para que también allí predique, porque para esto he venido.
39 Y recorrió toda Galilea, predicando en las sinagogas de ellos y echando fuera demonios.
40 Entonces vino a él un leproso, se arrodilló y le rogó: Si quieres, puedes limpiarme.
41 Jesús, movido por compasión, extendió la mano, lo tocó y le dijo: Quiero. Sé limpio.
42 Al instante la lepra se fue de él, y quedó limpio.
43 Jesús lo despidió enseguida, después de advertirle con firmeza.
44 Le dijo: Mira, no digas nada a nadie. Ve, muéstrate al sacerdote y ofrece por tu limpieza lo que Moisés mandó, para que les sirva de testimonio.
45 Pero el hombre salió y comenzó a contar muchas cosas y a divulgar el hecho, de modo que Jesús ya no podía entrar abiertamente en ninguna ciudad. Se quedaba afuera, en lugares solitarios; y aun así venían a él de todas partes.

2

1 Después de algunos días, Jesús volvió a Capernaúm, y se supo que estaba en casa.
2 Se juntó tanta gente que ya no había lugar, ni siquiera junto a la puerta; y Jesús les anunciaba la palabra.
3 Entonces vinieron a él cuatro hombres trayendo a un paralítico.

4 Como no podían acercarse a Jesús por causa
de la multitud, quitaron parte del techo donde él
estaba. Después de abrir un hueco, bajaron la
camilla en que estaba acostado el paralítico.
5 Al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico:
Hijo, tus pecados te son perdonados.
6 Algunos escribas estaban sentados allí,
pensando en sus corazones:
7 ¿Por qué habla este así? Está blasfemando.
¿Quién puede perdonar pecados sino solo Dios?
8 Enseguida Jesús supo en su espíritu que
pensaban así dentro de sí mismos, y les dijo: ¿Por
qué piensan estas cosas en sus corazones?
9 ¿Qué es más fácil decir al paralítico: Tus
pecados te son perdonados, o decir: Levántate,
toma tu camilla y camina?
10 Pues para que sepan que el Hijo del Hombre
tiene autoridad en la tierra para perdonar
pecados, dijo al paralítico:
11 A ti te digo: Levántate, toma tu camilla y vete
a tu casa.
12 Entonces él se levantó, tomó enseguida la
camilla y salió delante de todos. Todos quedaron
asombrados y glorificaban a Dios, diciendo:
Nunca hemos visto algo así.
13 Jesús volvió a salir junto al mar. Toda la gente
venía a él, y él les enseñaba.
14 Al pasar, vio a Leví, hijo de Alfeo, sentado en
el lugar donde se cobraban los impuestos. Le
dijo: Sígueme. Y él se levantó y lo siguió.
15 Sucedió que Jesús estaba comiendo en casa
de Leví. Muchos cobradores de impuestos y

pecadores estaban a la mesa con Jesús y sus discípulos, porque eran muchos los que lo seguían.

16 Los escribas de los fariseos, al ver que Jesús comía con cobradores de impuestos y pecadores, dijeron a sus discípulos: ¿Por qué come y bebe con cobradores de impuestos y pecadores?

17 Al oír esto, Jesús les dijo: Los sanos no necesitan médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores.

18 Los discípulos de Juan y los fariseos estaban ayunando. Entonces vinieron y le preguntaron a Jesús: ¿Por qué los discípulos de Juan y los de los fariseos ayunan, pero tus discípulos no ayunan?

19 Jesús les dijo: ¿Acaso pueden ayunar los amigos del novio mientras el novio está con ellos? Mientras tienen al novio con ellos, no pueden ayunar.

20 Pero vendrán días cuando el novio les será quitado; entonces, en aquellos días, ayunarán.

21 Nadie cose un remiendo de tela nueva en un vestido viejo. Si lo hace, el remiendo nuevo tira de lo viejo, y la rotura se hace peor.

22 Nadie echa vino nuevo en odres viejos. Si lo hace, el vino nuevo rompe los odres, y se pierden el vino y los odres. Más bien, el vino nuevo debe ponerse en odres nuevos.

23 Un día de reposo, Jesús pasaba por los sembrados. Mientras caminaban, sus discípulos comenzaron a arrancar espigas.

24 Los fariseos le dijeron: Mira, ¿por qué hacen en el día de reposo lo que no está permitido?

25 Él les dijo: ¿Nunca han leído lo que hizo David
cuando tuvo necesidad y tuvo hambre, él y los
que estaban con él?
26 Entró en la casa de Dios, en tiempos del sumo
sacerdote Abiatar, y comió los panes sagrados,
que solo los sacerdotes podían comer. También
dio a los que estaban con él.
27 Luego les dijo: El día de reposo fue hecho
para el hombre, y no el hombre para el día de
reposo.
28 Por tanto, el Hijo del Hombre es Señor aun
del día de reposo.

3

1 Jesús entró otra vez en la sinagoga. Allí había
un hombre que tenía una mano seca.
2 Algunos lo vigilaban para ver si lo sanaría en
el día de reposo, para poder acusarlo.
3 Jesús dijo al hombre que tenía la mano seca:
Ponte de pie en medio.
4 Luego les dijo: ¿Está permitido en el día de
reposo hacer el bien o hacer el mal? ¿Salvar una
vida o quitarla? Pero ellos se quedaron callados.
5 Entonces Jesús los miró alrededor con enojo,
entristecido por la dureza de sus corazones.
Luego dijo al hombre: Extiende tu mano. Él la
extendió, y su mano quedó sana.
6 Los fariseos salieron enseguida y comenzaron
a hacer planes con los herodianos para matar a
Jesús.
7 Jesús se retiró con sus discípulos al mar, y lo
siguió mucha gente de Galilea y de Judea.

8 También vino a él una gran multitud de
Jerusalén, de Idumea, del otro lado del Jordán, y
de la región de Tiro y Sidón, porque habían oído
las grandes cosas que hacía.
9 Entonces pidió a sus discípulos que le tuvieran
lista una barca, para que la multitud no lo
apretara.
10 Porque había sanado a muchos, de modo que
todos los que tenían enfermedades se lanzaban
sobre él para tocarlo.
11 Cuando los espíritus inmundos lo veían, caían
delante de él y gritaban: Tú eres el Hijo de Dios.
12 Pero él les ordenaba con firmeza que no
dijeran quién era.
13 Después subió al monte y llamó a los que él
quiso, y ellos vinieron a él.
14 Nombró a doce para que estuvieran con él,
para enviarlos a predicar,
15 y para que tuvieran autoridad de sanar
enfermedades y echar fuera demonios.
16 A Simón le puso por nombre Pedro;
17 a Jacobo, hijo de Zebedeo, y a Juan, hermano
de Jacobo, les puso por nombre Boanerges, que
significa Hijos del trueno;
18 también a Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo,
Tomás, Jacobo hijo de Alfeo, Tadeo, Simón el
Cananita,
19 y Judas Iscariote, el que lo traicionó. Después
entraron en una casa.
20 Se reunió otra vez tanta gente que ellos ni
siquiera podían comer.
21 Cuando sus familiares oyeron esto, fueron
para llevárselo, porque decían: Está fuera de sí.

22 Los escribas que habían bajado de Jerusalén
decían: Tiene a Beelzebú. Y también: Por el
príncipe de los demonios echa fuera los demonios.
23 Entonces Jesús los llamó y les habló en
parábolas: ¿Cómo puede Satanás echar fuera a
Satanás?
24 Si un reino está dividido contra sí mismo, ese
reino no puede permanecer.
25 Si una casa está dividida contra sí misma, esa
casa no puede permanecer.
26 Y si Satanás se levanta contra sí mismo y está
dividido, no puede permanecer, sino que ha
llegado su fin.
27 Nadie puede entrar en la casa de un hombre
fuerte y robar sus bienes, si primero no ata al
hombre fuerte. Entonces podrá saquear su casa.
28 De cierto les digo que todos los pecados serán
perdonados a los hijos de los hombres, y también
todas las blasfemias que digan.
29 Pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo
nunca tendrá perdón, sino que queda culpable de
pecado eterno.
30 Jesús dijo esto porque ellos decían: Tiene un
espíritu inmundo.
31 Entonces llegaron su madre y sus hermanos.
Se quedaron afuera y mandaron llamarlo.
32 La multitud estaba sentada alrededor de él, y
le dijeron: Mira, tu madre y tus hermanos están
afuera y te buscan.
33 Él les respondió: ¿Quiénes son mi madre y mis
hermanos?

34 Mirando a los que estaban sentados
alrededor de él, dijo: Miren, mi madre y mis
hermanos.
35 Porque el que hace la voluntad de Dios, ese
es mi hermano, mi hermana y mi madre.

4

1 Jesús comenzó otra vez a enseñar junto al mar.
Se reunió con él una multitud tan grande que él
entró en una barca y se sentó en el mar; y toda la
gente estaba en tierra, junto al mar.
2 Les enseñaba muchas cosas por medio de
parábolas, y en su enseñanza les decía:
3 Escuchen. Un sembrador salió a sembrar.
4 Mientras sembraba, parte de la semilla cayó
junto al camino, y vinieron las aves y se la
comieron.
5 Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde
no tenía mucha tierra. Brotó pronto, porque la
tierra no era profunda.
6 Pero cuando salió el sol, se quemó; y como no
tenía raíz, se secó.
7 Otra parte cayó entre espinos. Los espinos
crecieron, la ahogaron, y no dio fruto.
8 Pero otra parte cayó en buena tierra, y dio
fruto que creció y aumentó. Produjo a treinta, a
sesenta y a cien por uno.
9 Entonces les dijo: El que tiene oídos para oír,
que oiga.
10 Cuando Jesús quedó solo, los que estaban
cerca de él, junto con los doce, le preguntaron
acerca de la parábola.

11 Él les dijo: A ustedes se les ha dado conocer el
secreto del reino de Dios; pero a los de afuera,
todo se les dice en parábolas,
12 para que viendo vean, pero no perciban; y
oyendo oigan, pero no entiendan; no sea que se
vuelvan y sean perdonados.
13 Luego les dijo: ¿No entienden esta parábola?
¿Cómo entenderán todas las demás parábolas?
14 El sembrador siembra la palabra.
15 Los de junto al camino son aquellos en
quienes se siembra la palabra. Pero cuando la
oyen, enseguida viene Satanás y quita la palabra
que fue sembrada en ellos.
16 De igual manera, los sembrados en terreno
pedregoso son los que, al oír la palabra,
enseguida la reciben con alegría.
17 Pero no tienen raíz en sí mismos, sino que
duran poco. Cuando viene la dificultad o la
persecución por causa de la palabra, enseguida
tropiezan.
18 Los sembrados entre espinos son los que
oyen la palabra,
19 pero las preocupaciones de este mundo, el
engaño de las riquezas y los deseos de otras cosas
entran y ahogan la palabra, y no da fruto.
20 Pero los sembrados en buena tierra son los
que oyen la palabra, la reciben y dan fruto: a
treinta, a sesenta y a cien por uno.
21 También les dijo: ¿Acaso se trae una lámpara
para ponerla debajo de una canasta o debajo de
la cama? ¿No es para ponerla sobre el candelero?

22 Porque no hay nada escondido que no vaya a
ser manifestado, ni nada secreto que no vaya a
salir a la luz.
23 Si alguno tiene oídos para oír, que oiga.
24 También les dijo: Tengan cuidado con lo que
oyen. Con la medida con que ustedes midan, se
les medirá; y aun se les añadirá.
25 Porque al que tiene, se le dará más; pero al
que no tiene, aun lo que tiene le será quitado.
26 También decía: El reino de Dios es como
cuando un hombre echa semilla en la tierra.
27 Duerme y se levanta, de noche y de día; y la
semilla brota y crece, aunque él no sabe cómo.
28 La tierra da fruto por sí misma: primero la
hoja, luego la espiga, y después el grano lleno en
la espiga.
29 Cuando el fruto está listo, enseguida se mete
la hoz, porque ha llegado la cosecha.
30 También dijo: ¿Con qué compararemos el
reino de Dios? ¿Con qué parábola lo
presentaremos?
31 Es como un grano de mostaza, que cuando se
siembra en la tierra es más pequeño que todas las
semillas de la tierra.
32 Pero después de sembrado, crece y llega a ser
mayor que todas las hortalizas. Echa ramas
grandes, de modo que las aves del cielo pueden
hacer nidos bajo su sombra.
33 Con muchas parábolas como estas les hablaba
la palabra, según podían entender.
34 No les hablaba sin parábolas; pero en privado
explicaba todo a sus discípulos.

35 Aquel mismo día, cuando llegó la noche,
Jesús les dijo: Pasemos al otro lado.
36 Dejaron a la multitud, y se llevaron a Jesús en
la barca, tal como estaba. También había otras
barcas con él.
37 Entonces se levantó una gran tormenta de
viento. Las olas golpeaban la barca, de modo que
ya se estaba llenando de agua.
38 Jesús estaba en la parte de atrás de la barca,
durmiendo sobre un cojín. Lo despertaron y le
dijeron: Maestro, ¿no te importa que nos
hundamos?
39 Él se levantó, reprendió al viento y dijo al
mar: ¡Silencio! ¡Cállate! Entonces el viento se
calmó, y hubo una gran calma.
40 Luego les dijo: ¿Por qué tienen tanto miedo?
¿Cómo es que todavía no tienen fe?
41 Ellos sintieron mucho temor y se decían unos
a otros: ¿Quién es este, que aun el viento y el mar
le obedecen?

5

1 Llegaron al otro lado del mar, a la región de
los gadarenos.
2 Cuando Jesús salió de la barca, enseguida vino
a su encuentro, desde los sepulcros, un hombre
con espíritu inmundo.
3 Este hombre vivía entre los sepulcros, y nadie
podía sujetarlo, ni siquiera con cadenas.
4 Muchas veces lo habían atado con grillos y
cadenas, pero él rompía las cadenas y hacía
pedazos los grillos. Nadie tenía fuerza para
dominarlo.

5 Siempre, de día y de noche, andaba entre los
sepulcros y por los montes, gritando y cortándose
con piedras.
6 Cuando vio a Jesús de lejos, corrió y se postró
ante él.
7 Entonces gritó a gran voz: ¿Qué tienes que ver
conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te ruego
por Dios que no me atormentes.
8 Porque Jesús le decía: Sal de este hombre,
espíritu inmundo.
9 Jesús le preguntó: ¿Cómo te llamas? Él
respondió: Me llamo Legión, porque somos
muchos.
10 Y le rogaba mucho que no los enviara fuera
de aquella región.
11 Cerca de allí, en la ladera del monte, había
una gran manada de cerdos comiendo.
12 Todos los demonios le rogaron: Envíanos a
los cerdos, para que entremos en ellos.
13 Jesús se lo permitió. Entonces los espíritus
inmundos salieron y entraron en los cerdos. La
manada, como de dos mil, se lanzó por el
despeñadero al mar, y se ahogó en el mar.
14 Los que cuidaban los cerdos huyeron y
contaron lo sucedido en la ciudad y en los
campos. Entonces la gente salió para ver qué
había pasado.
15 Vinieron a Jesús y vieron al que había estado
endemoniado, el que había tenido la legión,
sentado, vestido y en su sano juicio. Y tuvieron
miedo.

16 Los que lo habían visto les contaron lo que le
había pasado al endemoniado, y también lo de los
cerdos.
17 Entonces comenzaron a rogarle a Jesús que
se fuera de su región.
18 Cuando Jesús subía a la barca, el que había
estado endemoniado le rogaba que le permitiera
quedarse con él.
19 Pero Jesús no se lo permitió, sino que le dijo:
Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán
grandes cosas ha hecho el Señor por ti, y cómo
tuvo misericordia de ti.
20 El hombre se fue y comenzó a anunciar en
Decápolis las grandes cosas que Jesús había hecho
por él; y todos se maravillaban.
21 Cuando Jesús cruzó otra vez en la barca al
otro lado, se reunió con él mucha gente. Él estaba
junto al mar.
22 Entonces vino uno de los jefes de la sinagoga,
llamado Jairo. Al ver a Jesús, cayó a sus pies
23 y le rogó mucho: Mi hijita está a punto de
morir. Ven y pon tus manos sobre ella, para que
sea sanada y viva.
24 Jesús fue con él, y mucha gente lo seguía y lo
apretaba.
25 Había una mujer que sufría de flujo de
sangre desde hacía doce años.
26 Había sufrido mucho con muchos médicos, y
había gastado todo lo que tenía; pero no había
mejorado, sino que estaba peor.
27 Cuando oyó hablar de Jesús, vino por detrás
entre la multitud y tocó su manto.

28 Porque decía: Si tan solo toco su manto, seré
sanada.
29 Enseguida se secó la fuente de su sangre, y
sintió en su cuerpo que estaba sana de aquella
enfermedad.
30 Al instante Jesús se dio cuenta de que poder
había salido de él. Se volvió entre la multitud y
dijo: ¿Quién tocó mi ropa?
31 Sus discípulos le dijeron: Ves que la gente te
aprieta por todos lados, ¿y preguntas: Quién me
tocó?
32 Pero él miraba alrededor para ver a la que
había hecho esto.
33 Entonces la mujer, sabiendo lo que le había
sucedido, vino con miedo y temblor. Se postró
delante de él y le dijo toda la verdad.
34 Jesús le dijo: Hija, tu fe te ha sanado. Vete en
paz, y queda sana de tu enfermedad.
35 Mientras Jesús todavía hablaba, vinieron de
la casa del jefe de la sinagoga y dijeron: Tu hija
ha muerto. ¿Para qué molestas más al Maestro?
36 Pero Jesús, al oír lo que decían, dijo al jefe de
la sinagoga: No temas; solo cree.
37 No permitió que nadie lo acompañara, sino
Pedro, Jacobo y Juan, hermano de Jacobo.
38 Llegaron a la casa del jefe de la sinagoga.
Jesús vio el alboroto, y a los que lloraban y
gritaban mucho.
39 Al entrar, les dijo: ¿Por qué hacen alboroto y
lloran? La niña no está muerta, sino dormida.
40 Pero ellos se burlaban de él. Entonces Jesús
echó fuera a todos, tomó al padre y a la madre de

la niña, y a los que estaban con él, y entró donde estaba la niña.
41 Tomó a la niña de la mano y le dijo: Talita cumi, que significa: Niña, a ti te digo, levántate.
42 Enseguida la niña se levantó y comenzó a caminar, pues tenía doce años. Y ellos quedaron muy asombrados.
43 Jesús les mandó con firmeza que nadie supiera esto, y dijo que le dieran de comer a la niña.

6

1 Jesús salió de allí y fue a su tierra, y sus discípulos lo siguieron.
2 Cuando llegó el día de reposo, comenzó a enseñar en la sinagoga. Muchos, al oírlo, se asombraban y decían: ¿De dónde tiene este hombre estas cosas? ¿Qué sabiduría es esta que le ha sido dada? ¿Y cómo se hacen estos milagros por sus manos?
3 ¿No es este el carpintero, hijo de María y hermano de Jacobo, José, Judas y Simón? ¿No están también sus hermanas aquí con nosotros? Y se escandalizaban de él.
4 Pero Jesús les dijo: Un profeta no carece de honra sino en su propia tierra, entre sus parientes y en su casa.
5 No pudo hacer allí ningún milagro, excepto poner las manos sobre unos pocos enfermos y sanarlos.
6 Y se maravilló de la incredulidad de ellos. Luego recorría las aldeas de alrededor, enseñando.

7 Llamó a los doce y comenzó a enviarlos de dos
en dos. Les dio autoridad sobre los espíritus
inmundos.
8 Les mandó que no llevaran nada para el
camino, sino solo un bastón: ni pan, ni bolsa, ni
dinero en el cinto.
9 Debían llevar sandalias, pero no dos túnicas.
10 También les dijo: Dondequiera que entren en
una casa, quédense allí hasta que salgan de ese
lugar.
11 Y si en algún lugar no los reciben ni los
escuchan, salgan de allí y sacudan el polvo de sus
pies, como testimonio contra ellos.
12 Ellos salieron y predicaron que la gente
debía arrepentirse.
13 Echaban fuera muchos demonios, ungían con
aceite a muchos enfermos, y los sanaban.
14 El rey Herodes oyó de Jesús, porque su
nombre se había hecho conocido. Algunos decían:
Juan el Bautista ha resucitado de entre los
muertos; por eso estos poderes actúan en él.
15 Otros decían: Es Elías. Y otros decían: Es un
profeta, como uno de los profetas.
16 Pero Herodes, al oír esto, decía: Este es Juan,
a quien yo mandé decapitar. Ha resucitado de
entre los muertos.
17 Porque Herodes mismo había mandado
arrestar a Juan y lo había metido en la cárcel, por
causa de Herodías, esposa de Felipe, su hermano,
con quien Herodes se había casado.
18 Pues Juan le decía a Herodes: No te es
permitido tener la esposa de tu hermano.

19 Por eso Herodías le guardaba rencor y quería
matarlo, pero no podía.
20 Porque Herodes temía a Juan, sabiendo que
era un hombre justo y santo, y lo protegía.
Cuando lo escuchaba, se quedaba muy inquieto,
pero lo escuchaba con gusto.
21 Llegó un día oportuno: Herodes, en su
cumpleaños, dio una cena para sus nobles, sus
comandantes y los principales de Galilea.
22 La hija de Herodías entró y bailó, y agradó a
Herodes y a los que estaban a la mesa con él.
Entonces el rey dijo a la muchacha: Pídeme lo que
quieras, y te lo daré.
23 Y le juró: Te daré cualquier cosa que me
pidas, hasta la mitad de mi reino.
24 Ella salió y preguntó a su madre: ¿Qué
pediré? Su madre respondió: La cabeza de Juan
el Bautista.
25 Enseguida ella entró de prisa al rey y le pidió:
Quiero que ahora mismo me des en un plato la
cabeza de Juan el Bautista.
26 El rey se entristeció mucho; pero por causa
de sus juramentos y de los que estaban a la mesa,
no quiso negarse.
27 Enseguida el rey envió a un soldado con la
orden de traer la cabeza de Juan. El soldado fue y
lo decapitó en la cárcel.
28 Trajo la cabeza en un plato, se la dio a la
muchacha, y la muchacha se la dio a su madre.
29 Cuando los discípulos de Juan oyeron esto,
fueron, tomaron su cuerpo y lo pusieron en un
sepulcro.

30 Los apóstoles se reunieron con Jesús y le
contaron todo lo que habían hecho y enseñado.
31 Él les dijo: Vengan ustedes solos a un lugar
apartado y descansen un poco. Porque eran
muchos los que iban y venían, y ellos ni siquiera
tenían tiempo para comer.
32 Entonces se fueron solos en la barca a un
lugar apartado.
33 Pero muchos los vieron irse y los
reconocieron. De todas las ciudades corrieron
allá a pie, y llegaron antes que ellos.
34 Al salir Jesús, vio una gran multitud y tuvo
compasión de ellos, porque eran como ovejas que
no tienen pastor. Entonces comenzó a enseñarles
muchas cosas.
35 Cuando ya era tarde, sus discípulos se
acercaron a él y dijeron: Este lugar es desierto, y
ya es tarde.
36 Despide a la gente, para que vayan a los
campos y aldeas de alrededor y compren pan
para comer.
37 Pero Jesús les respondió: Denles ustedes de
comer. Ellos le dijeron: ¿Quieres que vayamos y
compremos pan por doscientos denarios para
darles de comer?
38 Él les dijo: ¿Cuántos panes tienen? Vayan y
vean. Al saberlo, dijeron: Cinco panes y dos
pescados.
39 Entonces les mandó que hicieran sentar a
todos por grupos sobre la hierba verde.
40 Se sentaron en grupos de cien y de cincuenta.
41 Jesús tomó los cinco panes y los dos pescados,
levantó los ojos al cielo, bendijo, partió los panes

y los dio a sus discípulos para que los pusieran
delante de la gente. También repartió los dos
pescados entre todos.
42 Todos comieron y quedaron satisfechos.
43 Después recogieron doce canastas llenas de
pedazos de pan y de pescado.
44 Los que comieron los panes eran cinco mil
hombres.
45 Enseguida Jesús hizo que sus discípulos
subieran a la barca y fueran delante de él a
Betsaida, al otro lado, mientras él despedía a la
multitud.
46 Después de despedirlos, se fue al monte a
orar.
47 Cuando llegó la noche, la barca estaba en
medio del mar, y Jesús estaba solo en tierra.
48 Vio que ellos remaban con dificultad, porque
el viento les era contrario. Cerca de la cuarta
vigilia de la noche, fue hacia ellos caminando
sobre el mar, y quería pasar de largo.
49 Pero cuando ellos lo vieron caminando sobre
el mar, pensaron que era un fantasma y gritaron,
50 porque todos lo vieron y se asustaron. Pero
enseguida él les habló y les dijo: ¡Tengan ánimo!
Soy yo. No tengan miedo.
51 Subió con ellos a la barca, y el viento se
calmó. Ellos estaban completamente
asombrados,
52 porque no habían entendido lo de los panes,
pues sus corazones estaban endurecidos.
53 Después de cruzar, llegaron a la tierra de
Genesaret y atracaron allí.

54 Cuando salieron de la barca, la gente
enseguida reconoció a Jesús.
55 Recorrieron toda aquella región y
comenzaron a llevar en camillas a los enfermos a
donde oían que él estaba.
56 Dondequiera que entraba, en aldeas,
ciudades o campos, ponían a los enfermos en las
plazas y le rogaban que los dejara tocar siquiera
el borde de su manto. Y todos los que lo tocaban
quedaban sanos.

7

1 Se reunieron con Jesús los fariseos y algunos
escribas que habían venido de Jerusalén.
2 Ellos vieron que algunos de sus discípulos
comían pan con manos impuras, es decir, sin
lavarse.
3 Porque los fariseos y todos los judíos no
comen sin lavarse bien las manos, siguiendo la
tradición de los ancianos.
4 Cuando vuelven del mercado, no comen sin
lavarse. También guardan muchas otras
tradiciones, como lavar copas, jarros, utensilios
de bronce y camas.
5 Entonces los fariseos y los escribas le
preguntaron: ¿Por qué tus discípulos no siguen la
tradición de los ancianos, sino que comen pan
con manos impuras?
6 Jesús les respondió: Bien profetizó Isaías
acerca de ustedes, hipócritas, como está escrito:
Este pueblo me honra con los labios, pero su
corazón está lejos de mí.

7 En vano me adoran, enseñando como
doctrinas mandamientos de hombres.
8 Porque ustedes dejan el mandamiento de
Dios y se aferran a la tradición de los hombres.
9 También les dijo: Ustedes rechazan muy bien
el mandamiento de Dios, para guardar su propia
tradición.
10 Porque Moisés dijo: Honra a tu padre y a tu
madre; y también: El que maldiga a su padre o a
su madre, muera sin falta.
11 Pero ustedes dicen: Si alguien dice a su padre
o a su madre: Aquello con lo que yo podía
ayudarte es Corbán, es decir, ofrenda dedicada a
Dios,
12 entonces ya no le permiten hacer nada por
su padre o por su madre.
13 Así invalidan la palabra de Dios por la
tradición que ustedes han transmitido. Y hacen
muchas cosas semejantes.
14 Llamando otra vez a la gente, les dijo:
Escúchenme todos y entiendan.
15 Nada de lo que entra de fuera en la persona
puede contaminarla; más bien, lo que sale de la
persona es lo que la contamina.
16 Si alguno tiene oídos para oír, que oiga.
17 Cuando Jesús dejó a la gente y entró en una
casa, sus discípulos le preguntaron acerca de esta
parábola.
18 Él les dijo: ¿También ustedes siguen sin
entender? ¿No comprenden que nada de lo que
entra de fuera en la persona puede
contaminarla?

19 Porque no entra en su corazón, sino en el estómago, y luego sale del cuerpo. Con esto Jesús declaró limpios todos los alimentos.

20 Y dijo: Lo que sale de la persona, eso es lo que la contamina.

21 Porque de adentro, del corazón de las personas, salen los malos pensamientos, la inmoralidad sexual, los robos, los homicidios,

22 los adulterios, la codicia, la maldad, el engaño, el libertinaje, la envidia, la blasfemia, el orgullo y la necedad.

23 Todas estas maldades salen de adentro y contaminan a la persona.

24 Jesús se levantó y se fue de allí a la región de Tiro y Sidón. Entró en una casa, y no quería que nadie lo supiera; pero no pudo mantenerse en secreto.

25 Enseguida una mujer, cuya hija tenía un espíritu inmundo, oyó hablar de él. Vino y se postró a sus pies.

26 La mujer era griega, sirofenicia de nacimiento. Le rogaba que echara fuera de su hija al demonio.

27 Jesús le dijo: Deja que primero se sacien los hijos, porque no está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perritos.

28 Ella le respondió: Sí, Señor; pero aun los perritos, debajo de la mesa, comen las migajas de los hijos.

29 Entonces él le dijo: Por esta palabra, vete; el demonio ha salido de tu hija.

30 Cuando ella volvió a su casa, encontró a la
niña acostada en la cama, y el demonio ya había
salido.
31 Jesús salió otra vez de la región de Tiro, pasó
por Sidón y fue hacia el mar de Galilea, por la
región de Decápolis.
32 Le trajeron a un hombre sordo que hablaba
con dificultad, y le rogaron que pusiera la mano
sobre él.
33 Jesús lo apartó de la gente, a solas. Luego
metió sus dedos en los oídos del hombre, escupió
y tocó su lengua.
34 Después, mirando al cielo, suspiró y le dijo:
Efata, que significa: Ábrete.
35 Al instante se le abrieron los oídos, se le soltó
la lengua, y comenzó a hablar claramente.
36 Jesús les mandó que no se lo dijeran a nadie;
pero cuanto más se lo mandaba, más lo
anunciaban.
37 La gente estaba muy asombrada y decía:
Todo lo ha hecho bien. Hace oír a los sordos y
hablar a los mudos.

8

1 En aquellos días, como había otra vez una
gran multitud y no tenían qué comer, Jesús llamó
a sus discípulos y les dijo:
2 Tengo compasión de esta gente, porque ya
hace tres días que están conmigo y no tienen qué
comer.
3 Si los envío a sus casas sin comer, se
desmayarán en el camino, porque algunos han
venido de lejos.

4 Sus discípulos le respondieron: ¿De dónde
podrá alguien conseguir suficiente pan para
alimentar a esta gente aquí, en un lugar desierto?
5 Jesús les preguntó: ¿Cuántos panes tienen?
Ellos dijeron: Siete.
6 Entonces mandó a la gente que se sentara en
el suelo. Tomó los siete panes, dio gracias, los
partió y los dio a sus discípulos para que los
repartieran. Y ellos los repartieron entre la gente.
7 También tenían unos pocos pescaditos. Jesús
los bendijo y mandó que también los repartieran.
8 Todos comieron y quedaron satisfechos.
Luego recogieron siete canastas llenas de los
pedazos que sobraron.
9 Los que comieron eran como cuatro mil.
Después Jesús los despidió.
10 Enseguida subió a la barca con sus discípulos
y fue a la región de Dalmanuta.
11 Salieron los fariseos y comenzaron a discutir
con él. Para ponerlo a prueba, le pedían una señal
del cielo.
12 Jesús suspiró profundamente en su espíritu y
dijo: ¿Por qué esta generación pide una señal? De
cierto les digo que no se le dará señal a esta
generación.
13 Y dejándolos, volvió a subir a la barca y se fue
al otro lado.
14 Los discípulos se habían olvidado de llevar
pan, y no tenían más que un pan en la barca.
15 Jesús les advirtió: Miren, cuídense de la
levadura de los fariseos y de la levadura de
Herodes.

16 Ellos discutían entre sí, diciendo: Es porque
no tenemos pan.
17 Jesús, al darse cuenta, les dijo: ¿Por qué
discuten que no tienen pan? ¿Todavía no
entienden ni comprenden? ¿Tienen aún
endurecido el corazón?
18 ¿Teniendo ojos no ven? ¿Y teniendo oídos no
oyen? ¿No recuerdan?
19 Cuando partí los cinco panes entre los cinco
mil, ¿cuántas canastas llenas de pedazos
recogieron? Ellos respondieron: Doce.
20 Y cuando partí los siete panes entre los
cuatro mil, ¿cuántas canastas llenas de pedazos
recogieron? Ellos respondieron: Siete.
21 Entonces les dijo: ¿Todavía no entienden?
22 Llegaron a Betsaida, y le trajeron un ciego,
rogándole que lo tocara.
23 Jesús tomó al ciego de la mano y lo sacó fuera
de la aldea. Después de ponerle saliva en los ojos
y poner las manos sobre él, le preguntó: ¿Ves
algo?
24 El hombre miró y dijo: Veo a los hombres,
pero los veo como árboles que caminan.
25 Luego Jesús volvió a poner las manos sobre
sus ojos. El hombre miró con atención, quedó
sano y veía todo con claridad.
26 Jesús lo envió a su casa, diciendo: No entres
en la aldea ni se lo digas a nadie allí.
27 Jesús y sus discípulos salieron hacia las aldeas
de Cesarea de Filipo. En el camino preguntó a sus
discípulos: ¿Quién dice la gente que soy yo?

28 Ellos respondieron: Unos dicen que Juan el
Bautista; otros, que Elías; y otros, que uno de los
profetas.
29 Entonces él les preguntó: Y ustedes, ¿quién
dicen que soy? Pedro le respondió: Tú eres el
Cristo.
30 Pero Jesús les mandó con firmeza que no
hablaran de él a nadie.
31 Entonces comenzó a enseñarles que era
necesario que el Hijo del Hombre sufriera
mucho, que fuera rechazado por los ancianos,
por los principales sacerdotes y por los escribas,
que fuera muerto, y que después de tres días
resucitara.
32 Les decía esto claramente. Entonces Pedro lo
tomó aparte y comenzó a reprenderlo.
33 Pero Jesús se volvió, miró a sus discípulos y
reprendió a Pedro, diciendo: ¡Apártate de mí,
Satanás! Porque no pones la mente en las cosas
de Dios, sino en las de los hombres.
34 Llamando a la gente junto con sus discípulos,
les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí,
niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame.
35 Porque el que quiera salvar su vida la
perderá; pero el que pierda su vida por causa de
mí y de las buenas noticias, la salvará.
36 ¿De qué le sirve a una persona ganar todo el
mundo, si pierde su alma?
37 ¿O qué dará una persona a cambio de su
alma?
38 Porque el que se avergüence de mí y de mis
palabras en esta generación adúltera y pecadora,
también el Hijo del Hombre se avergonzará de él

cuando venga en la gloria de su Padre con los
santos ángeles.

9

1 También les dijo: De cierto les digo que
algunos de los que están aquí no probarán la
muerte hasta que vean el reino de Dios venir con
poder.
2 Seis días después, Jesús tomó consigo a Pedro,
Jacobo y Juan, y los llevó aparte, ellos solos, a un
monte alto. Allí fue transfigurado delante de
ellos.
3 Su ropa se volvió brillante, muy blanca, tanto
que ningún lavador en la tierra podría dejarla tan
blanca.
4 Y se les aparecieron Elías y Moisés, que
hablaban con Jesús.
5 Entonces Pedro dijo a Jesús: Maestro, bueno
es que estemos aquí. Hagamos tres enramadas:
una para ti, una para Moisés y otra para Elías.
6 Pedro no sabía qué decir, porque estaban
llenos de miedo.
7 Entonces vino una nube que los cubrió, y
desde la nube salió una voz: Este es mi Hijo
amado. Escúchenlo.
8 De repente, cuando miraron alrededor, ya no
vieron a nadie con ellos, sino solo a Jesús.
9 Mientras bajaban del monte, Jesús les mandó
que no contaran a nadie lo que habían visto,
hasta que el Hijo del Hombre resucitara de entre
los muertos.
10 Ellos guardaron este asunto, pero discutían
entre sí qué significaba eso de resucitar de entre
los muertos.

11 Le preguntaron: ¿Por qué dicen los escribas
que Elías debe venir primero?
12 Él les respondió: Es verdad que Elías viene
primero y restaura todas las cosas. Pero ¿cómo
está escrito del Hijo del Hombre que debe sufrir
mucho y ser despreciado?
13 Pero yo les digo que Elías ya vino, y le
hicieron todo lo que quisieron, como está escrito
acerca de él.
14 Cuando llegaron a donde estaban los otros
discípulos, vieron una gran multitud alrededor de
ellos, y a unos escribas discutiendo con ellos.
15 Enseguida, al ver a Jesús, toda la gente se
asombró; y corriendo hacia él, lo saludaban.
16 Él preguntó a los escribas: ¿Qué discuten con
ellos?
17 Uno de la multitud le respondió: Maestro,
traje a ti a mi hijo, que tiene un espíritu que no lo
deja hablar.
18 Dondequiera que se apodera de él, lo tira al
suelo; echa espuma, rechina los dientes y se pone
rígido. Les pedí a tus discípulos que lo echaran
fuera, pero no pudieron.
19 Jesús les respondió: ¡Generación incrédula!
¿Hasta cuándo estaré con ustedes? ¿Hasta cuándo
los soportaré? Tráiganmelo.
20 Se lo trajeron. Cuando el espíritu vio a Jesús,
enseguida sacudió con violencia al muchacho,
quien cayó al suelo y se revolcaba echando
espuma.
21 Jesús preguntó al padre: ¿Desde cuándo le
pasa esto? Él respondió: Desde niño.

22 Muchas veces lo ha echado al fuego y al agua
para destruirlo. Pero si puedes hacer algo, ten
compasión de nosotros y ayúdanos.
23 Jesús le dijo: ¿Si puedes creer? Para el que
cree, todo es posible.
24 Enseguida el padre del muchacho clamó y
dijo: Creo; ayuda mi incredulidad.
25 Cuando Jesús vio que la gente corría para
juntarse, reprendió al espíritu inmundo,
diciéndole: Espíritu mudo y sordo, yo te mando:
sal de él y no entres más en él.
26 Entonces el espíritu gritó, sacudió mucho al
muchacho y salió. El muchacho quedó como
muerto, de modo que muchos decían: Está
muerto.
27 Pero Jesús lo tomó de la mano, lo levantó, y él
se puso de pie.
28 Cuando Jesús entró en casa, sus discípulos le
preguntaron en privado: ¿Por qué nosotros no
pudimos echarlo fuera?
29 Él les dijo: Esta clase no puede salir sino con
oración.
30 Saliendo de allí, pasaron por Galilea; y Jesús
no quería que nadie lo supiera,
31 porque enseñaba a sus discípulos y les decía:
El Hijo del Hombre será entregado en manos de
hombres, y lo matarán; pero después de muerto,
resucitará al tercer día.
32 Pero ellos no entendían esta palabra, y tenían
miedo de preguntarle.
33 Llegaron a Capernaúm. Cuando Jesús estuvo
en la casa, les preguntó: ¿Qué discutían entre
ustedes en el camino?

34 Pero ellos se quedaron callados, porque en el
camino habían discutido entre sí sobre quién era
el mayor.
35 Entonces Jesús se sentó, llamó a los doce y les
dijo: Si alguno quiere ser el primero, será el
último de todos y el servidor de todos.
36 Luego tomó a un niño, lo puso en medio de
ellos y, tomándolo en sus brazos, les dijo:
37 El que recibe en mi nombre a un niño como
este, me recibe a mí; y el que me recibe a mí, no
me recibe solo a mí, sino al que me envió.
38 Juan le dijo: Maestro, vimos a uno que
echaba fuera demonios en tu nombre, pero se lo
prohibimos, porque no nos sigue.
39 Pero Jesús dijo: No se lo prohíban, porque no
hay nadie que haga un milagro en mi nombre y
que luego pueda hablar mal de mí.
40 Porque el que no está contra nosotros, está a
favor de nosotros.
41 Cualquiera que les dé un vaso de agua en mi
nombre, porque ustedes son de Cristo, de cierto
les digo que no perderá su recompensa.
42 Y cualquiera que haga tropezar a uno de
estos pequeños que creen en mí, mejor le sería
que le colgaran al cuello una gran piedra de
molino y lo echaran al mar.
43 Si tu mano te hace caer en pecado, córtala. Es
mejor entrar en la vida manco, que tener dos
manos e ir al infierno, al fuego que nunca se
apaga.
44 Donde el gusano de ellos no muere, y el fuego
nunca se apaga.

45 Si tu pie te hace caer en pecado, córtalo. Es
mejor entrar cojo en la vida, que tener dos pies y
ser echado al infierno, al fuego que nunca se
apaga.
46 Donde el gusano de ellos no muere, y el fuego
nunca se apaga.
47 Y si tu ojo te hace caer en pecado, sácalo. Es
mejor entrar en el reino de Dios con un solo ojo,
que tener dos ojos y ser echado al infierno,
48 donde el gusano de ellos no muere, y el fuego
nunca se apaga.
49 Porque todos serán salados con fuego, y todo
sacrificio será salado con sal.
50 La sal es buena; pero si la sal pierde su sabor,
¿con qué la harán salada otra vez? Tengan sal en
ustedes mismos, y vivan en paz unos con otros.

10

1 Jesús se levantó de allí y fue a la región de
Judea y al otro lado del Jordán. Otra vez se reunió
mucha gente con él, y como era su costumbre, les
enseñaba.
2 Se acercaron unos fariseos y, para ponerlo a
prueba, le preguntaron: ¿Está permitido que un
hombre se divorcie de su esposa?
3 Él les respondió: ¿Qué les mandó Moisés?
4 Ellos dijeron: Moisés permitió escribir carta
de divorcio y despedirla.
5 Jesús les respondió: Por la dureza del corazón
de ustedes, Moisés les escribió este
mandamiento.
6 Pero desde el principio de la creación, Dios los
hizo hombre y mujer.

7 Por eso el hombre dejará a su padre y a su
madre, y se unirá a su esposa,
8 y los dos serán una sola carne. Así que ya no
son dos, sino una sola carne.
9 Por tanto, lo que Dios unió, no lo separe el
hombre.
10 Ya en casa, sus discípulos volvieron a
preguntarle sobre esto.
11 Él les dijo: Cualquiera que se divorcia de su
esposa y se casa con otra, comete adulterio
contra ella.
12 Y si una mujer se divorcia de su esposo y se
casa con otro, comete adulterio.
13 Le trajeron niños para que los tocara, pero
los discípulos reprendían a los que los traían.
14 Al ver esto, Jesús se enojó y les dijo: Dejen
que los niños vengan a mí, y no se lo impidan,
porque de los que son como ellos es el reino de
Dios.
15 De cierto les digo que cualquiera que no
reciba el reino de Dios como un niño, de ninguna
manera entrará en él.
16 Entonces los tomó en sus brazos, puso las
manos sobre ellos y los bendijo.
17 Cuando Jesús salía al camino, un hombre
corrió hacia él, se arrodilló delante de él y le
preguntó: Maestro bueno, ¿qué debo hacer para
heredar la vida eterna?
18 Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno?
Nadie es bueno sino solo uno: Dios.
19 Conoces los mandamientos: No cometas
adulterio; no mates; no robes; no des falso
testimonio; no defraudes; honra a tu padre y a tu
madre.

20 Él le respondió: Maestro, todo esto lo he
guardado desde mi juventud.
21 Entonces Jesús, mirándolo, lo amó y le dijo:
Una cosa te falta: ve, vende todo lo que tienes y
dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo.
Luego ven, toma tu cruz y sígueme.
22 Pero él se entristeció por esta palabra y se fue
triste, porque tenía muchas posesiones.
23 Jesús miró alrededor y dijo a sus discípulos:
¡Qué difícil será para los que tienen riquezas
entrar en el reino de Dios!
24 Los discípulos se asombraron de sus palabras.
Pero Jesús volvió a decirles: Hijos, ¡qué difícil es
entrar en el reino de Dios!
25 Es más fácil que un camello pase por el ojo de
una aguja, que un rico entre en el reino de Dios.
26 Ellos se asombraban aún más y decían entre
sí: Entonces, ¿quién podrá ser salvo?
27 Jesús los miró y dijo: Para los hombres es
imposible, pero no para Dios; porque para Dios
todo es posible.
28 Pedro comenzó a decirle: Mira, nosotros lo
hemos dejado todo y te hemos seguido.
29 Jesús respondió: De cierto les digo que no hay
nadie que haya dejado casa, hermanos,
hermanas, padre, madre, esposa, hijos o tierras
por causa de mí y de las buenas noticias,
30 que no reciba cien veces más ahora en este
tiempo: casas, hermanos, hermanas, madres,
hijos y tierras, con persecuciones; y en el mundo
venidero, la vida eterna.
31 Pero muchos primeros serán últimos, y los
últimos serán primeros.

32 Iban por el camino subiendo a Jerusalén, y
Jesús iba delante de ellos. Los discípulos estaban
asombrados, y los que lo seguían tenían miedo.
Entonces Jesús volvió a tomar aparte a los doce y
comenzó a decirles lo que le iba a suceder:
33 Miren, subimos a Jerusalén. El Hijo del
Hombre será entregado a los principales
sacerdotes y a los escribas. Ellos lo condenarán a
muerte y lo entregarán a los gentiles.
34 Se burlarán de él, lo azotarán, lo escupirán y
lo matarán; pero al tercer día resucitará.
35 Entonces Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, se
acercaron a él y le dijeron: Maestro, queremos
que hagas por nosotros lo que te pidamos.
36 Él les dijo: ¿Qué quieren que haga por
ustedes?
37 Ellos respondieron: Concédenos que en tu
gloria nos sentemos uno a tu derecha y el otro a
tu izquierda.
38 Jesús les dijo: Ustedes no saben lo que piden.
¿Pueden beber la copa que yo bebo, o ser
bautizados con el bautismo con que yo soy
bautizado?
39 Ellos respondieron: Podemos. Jesús les dijo:
En verdad beberán la copa que yo bebo, y serán
bautizados con el bautismo con que yo soy
bautizado.
40 Pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda
no me toca a mí darlo, sino que es para aquellos
para quienes está preparado.
41 Cuando los otros diez oyeron esto,
comenzaron a enojarse contra Jacobo y Juan.

42 Pero Jesús los llamó y les dijo: Ustedes saben
que los que son reconocidos como gobernantes
de las naciones se enseñorean de ellas, y sus
grandes ejercen autoridad sobre ellas.
43 Pero entre ustedes no será así. Al contrario,
el que quiera hacerse grande entre ustedes
deberá ser su servidor.
44 Y el que quiera ser el primero entre ustedes
deberá ser siervo de todos.
45 Porque el Hijo del Hombre tampoco vino
para ser servido, sino para servir y para dar su
vida en rescate por muchos.
46 Llegaron a Jericó. Y al salir Jesús de Jericó
con sus discípulos y una gran multitud, Bartimeo,
hijo de Timeo, un mendigo ciego, estaba sentado
junto al camino.
47 Cuando oyó que era Jesús de Nazaret,
comenzó a gritar: ¡Jesús, Hijo de David, ten
misericordia de mí!
48 Muchos lo reprendían para que se callara,
pero él gritaba mucho más: ¡Hijo de David, ten
misericordia de mí!
49 Jesús se detuvo y dijo: Llámenlo. Entonces
llamaron al ciego y le dijeron: Ten ánimo.
Levántate; él te llama.
50 Él, tirando su manto, se levantó de un salto y
vino a Jesús.
51 Jesús le preguntó: ¿Qué quieres que haga por
ti? El ciego le respondió: Maestro, quiero
recobrar la vista.
52 Jesús le dijo: Vete; tu fe te ha sanado.
Enseguida recobró la vista y siguió a Jesús por el
camino.

11

1 Cuando se acercaban a Jerusalén, a Betfagé y
Betania, junto al monte de los Olivos, Jesús envió
a dos de sus discípulos.
2 Les dijo: Vayan a la aldea que está delante de
ustedes. Al entrar en ella, encontrarán un burrito
atado, en el que nadie se ha sentado todavía.
Desátenlo y tráiganlo.
3 Si alguien les dice: ¿Por qué hacen esto?,
digan: El Señor lo necesita, y enseguida lo
devolverá.
4 Ellos fueron y encontraron el burrito atado
junto a una puerta, afuera en la calle. Y lo
desataron.
5 Algunos de los que estaban allí les dijeron:
¿Qué hacen desatando el burrito?
6 Ellos les dijeron tal como Jesús les había
mandado, y los dejaron ir.
7 Trajeron el burrito a Jesús, pusieron sus
mantos sobre él, y Jesús se sentó encima.
8 Muchos tendían sus mantos en el camino, y
otros cortaban ramas de los árboles y las ponían
en el camino.
9 Los que iban delante y los que venían detrás
gritaban: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el
nombre del Señor!
10 ¡Bendito el reino de nuestro padre David que
viene! ¡Hosanna en las alturas!
11 Jesús entró en Jerusalén y fue al templo.
Después de mirar todo alrededor, como ya era
tarde, salió a Betania con los doce.
12 Al día siguiente, cuando salieron de Betania,
Jesús tuvo hambre.

13 Al ver de lejos una higuera que tenía hojas,
fue a ver si encontraba algo en ella. Pero cuando
llegó, no encontró nada sino hojas, porque no era
tiempo de higos.
14 Entonces Jesús le dijo: Que nunca más nadie
coma fruto de ti. Y sus discípulos lo oyeron.
15 Llegaron a Jerusalén. Jesús entró en el
templo y comenzó a echar fuera a los que
vendían y compraban en el templo. Volcó las
mesas de los cambistas y los asientos de los que
vendían palomas.
16 No permitía que nadie llevara mercancía
atravesando el templo.
17 Y les enseñaba, diciendo: ¿No está escrito: Mi
casa será llamada casa de oración para todas las
naciones? Pero ustedes la han convertido en
cueva de ladrones.
18 Los escribas y los principales sacerdotes
oyeron esto y buscaban cómo matarlo, porque le
tenían miedo, pues toda la gente estaba admirada
de su enseñanza.
19 Al llegar la tarde, Jesús salió de la ciudad.
20 Por la mañana, al pasar, vieron que la higuera
se había secado desde las raíces.
21 Pedro se acordó y le dijo: Maestro, mira, la
higuera que maldijiste se ha secado.
22 Jesús les respondió: Tengan fe en Dios.
23 De cierto les digo que cualquiera que diga a
este monte: Quítate y échate al mar, y no duda en
su corazón, sino cree que sucederá lo que dice, lo
que diga le será hecho.
24 Por eso les digo: Todo lo que pidan en
oración, crean que lo recibirán, y lo tendrán.

25 Y cuando estén orando, perdonen si tienen
algo contra alguien, para que también su Padre
que está en los cielos les perdone a ustedes sus
ofensas.
26 Pero si ustedes no perdonan, tampoco su
Padre que está en los cielos les perdonará sus
ofensas.
27 Volvieron a Jerusalén. Mientras Jesús
caminaba en el templo, se acercaron a él los
principales sacerdotes, los escribas y los
ancianos.
28 Le dijeron: ¿Con qué autoridad haces estas
cosas? ¿Quién te dio autoridad para hacerlas?
29 Jesús les respondió: Yo también les haré una
pregunta. Respóndanme, y les diré con qué
autoridad hago estas cosas.
30 El bautismo de Juan, ¿era del cielo o de los
hombres? Respóndanme.
31 Ellos discutían entre sí, diciendo: Si decimos:
Del cielo, él dirá: Entonces, ¿por qué no le
creyeron?
32 Pero si decimos: De los hombres... Temían a
la gente, porque todos tenían a Juan por
verdadero profeta.
33 Entonces respondieron a Jesús: No sabemos.
Jesús les dijo: Tampoco yo les diré con qué
autoridad hago estas cosas.

12

1 Jesús comenzó a hablarles en parábolas: Un
hombre plantó una viña, la cercó, cavó un lagar,
construyó una torre, la arrendó a unos
labradores y se fue lejos.

2 A su tiempo, envió un siervo a los labradores
para recibir de ellos parte del fruto de la viña.
3 Pero ellos lo tomaron, lo golpearon y lo
enviaron con las manos vacías.
4 De nuevo les envió otro siervo; a este lo
hirieron en la cabeza, lo insultaron y lo enviaron
avergonzado.
5 Envió otro, y a este lo mataron. También
envió a muchos otros; a unos los golpearon, y a
otros los mataron.
6 Todavía tenía uno más: su hijo amado. Por
último, se lo envió, diciendo: Respetarán a mi hijo.
7 Pero aquellos labradores dijeron entre sí: Este
es el heredero. Vengan, matémoslo, y la herencia
será nuestra.
8 Entonces lo tomaron, lo mataron y lo echaron
fuera de la viña.
9 ¿Qué hará el dueño de la viña? Vendrá,
destruirá a los labradores y dará la viña a otros.
10 ¿No han leído esta Escritura: La piedra que
desecharon los constructores ha llegado a ser la
piedra principal?
11 Esto fue hecho por el Señor, y es maravilloso
a nuestros ojos.
12 Ellos buscaban arrestarlo, porque
entendieron que había dicho la parábola contra
ellos; pero tuvieron miedo de la gente. Así que lo
dejaron y se fueron.
13 Luego le enviaron algunos de los fariseos y
de los herodianos, para atraparlo en sus
palabras.
14 Ellos vinieron y le dijeron: Maestro, sabemos
que eres verdadero y que no buscas agradar a

nadie, porque no miras la apariencia de las
personas, sino que enseñas con verdad el camino
de Dios. ¿Está permitido pagar impuesto a César, o
no?
15 ¿Debemos pagarlo, o no? Pero Jesús,
conociendo su hipocresía, les dijo: ¿Por qué me
ponen a prueba? Tráiganme un denario para que
lo vea.
16 Ellos se lo trajeron. Jesús les preguntó: ¿De
quién es esta imagen y esta inscripción? Ellos le
dijeron: De César.
17 Entonces Jesús les dijo: Den a César lo que es
de César, y a Dios lo que es de Dios. Y ellos
quedaron maravillados de él.
18 Luego vinieron a él los saduceos, que dicen
que no hay resurrección, y le preguntaron:
19 Maestro, Moisés nos escribió que si el
hermano de un hombre muere y deja esposa pero
no deja hijos, su hermano debe casarse con la
viuda y levantar descendencia para su hermano.
20 Había siete hermanos. El primero se casó, y
murió sin dejar hijos.
21 El segundo se casó con ella, y también murió
sin dejar hijos. Lo mismo pasó con el tercero.
22 Así los siete se casaron con ella y no dejaron
hijos. Después de todos, murió también la mujer.
23 En la resurrección, cuando resuciten, ¿de
cuál de ellos será esposa? Porque los siete la
tuvieron por esposa.
24 Jesús les respondió: ¿No están equivocados
porque no conocen las Escrituras ni el poder de
Dios?

25 Porque cuando resuciten de entre los
muertos, no se casarán ni se darán en
casamiento, sino que serán como los ángeles que
están en los cielos.
26 Y acerca de que los muertos resucitan, ¿no
han leído en el libro de Moisés, en el pasaje de la
zarza, cómo Dios le dijo: Yo soy el Dios de
Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob?
27 Dios no es Dios de muertos, sino Dios de
vivos. Ustedes están muy equivocados.
28 Uno de los escribas se acercó. Había oído la
discusión y vio que Jesús les había respondido
bien. Entonces le preguntó: ¿Cuál es el primer
mandamiento de todos?
29 Jesús respondió: El primero es: Escucha,
Israel: El Señor nuestro Dios, el Señor uno es.
30 Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón,
con toda tu alma, con toda tu mente y con todas
tus fuerzas.
31 El segundo es este: Amarás a tu prójimo como
a ti mismo. No hay otro mandamiento mayor que
estos.
32 El escriba le dijo: Bien, Maestro. Has dicho la
verdad: Dios es uno, y no hay otro fuera de él.
33 Y amarlo con todo el corazón, con todo el
entendimiento, con toda el alma y con todas las
fuerzas, y amar al prójimo como a uno mismo, es
más que todos los holocaustos y sacrificios.
34 Jesús, al ver que había respondido
sabiamente, le dijo: No estás lejos del reino de
Dios. Y después de esto nadie se atrevía a hacerle
más preguntas.

35 Mientras Jesús enseñaba en el templo, dijo:
¿Cómo dicen los escribas que el Cristo es hijo de
David?
36 David mismo dijo por el Espíritu Santo: El
Señor dijo a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta
que ponga a tus enemigos debajo de tus pies.
37 David mismo lo llama Señor. Entonces, ¿cómo
es su hijo? Y la gran multitud lo escuchaba con
gusto.
38 En su enseñanza, Jesús les decía: Cuídense de
los escribas, a quienes les gusta andar con ropas
largas, recibir saludos respetuosos en las plazas,
39 tener los mejores asientos en las sinagogas y
los primeros lugares en los banquetes.
40 Ellos devoran las casas de las viudas, y para
aparentar hacen largas oraciones. Estos
recibirán mayor condenación.
41 Jesús se sentó frente al arca de las ofrendas y
miraba cómo la gente echaba dinero en ella.
Muchos ricos echaban mucho.
42 Entonces vino una viuda pobre y echó dos
moneditas, que valían muy poco.
43 Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: De
cierto les digo que esta viuda pobre echó más que
todos los que han echado en el arca.
44 Porque todos echaron de lo que les sobraba;
pero ella, de su pobreza, echó todo lo que tenía,
todo su sustento.

13

1 Mientras Jesús salía del templo, uno de sus
discípulos le dijo: Maestro, mira qué piedras y qué
edificios.

2 Jesús le respondió: ¿Ves estos grandes
edificios? No quedará piedra sobre piedra que no
sea derribada.
3 Luego, mientras estaba sentado en el monte
de los Olivos, frente al templo, Pedro, Jacobo,
Juan y Andrés le preguntaron en privado:
4 Dinos, ¿cuándo sucederán estas cosas? ¿Y cuál
será la señal cuando todo esto esté por cumplirse?
5 Jesús comenzó a decirles: Cuídense de que
nadie los engañe.
6 Muchos vendrán en mi nombre, diciendo: Yo
soy, y engañarán a muchos.
7 Cuando oigan de guerras y rumores de
guerras, no se alarmen. Es necesario que esto
suceda, pero todavía no es el fin.
8 Porque se levantará nación contra nación, y
reino contra reino. Habrá terremotos en
diferentes lugares, y habrá hambres y alborotos.
Todo esto es principio de dolores.
9 Pero ustedes, cuídense. Los entregarán a los
tribunales, serán azotados en las sinagogas, y por
causa de mí serán llevados ante gobernadores y
reyes, para dar testimonio delante de ellos.
10 Primero es necesario que las buenas noticias
sean predicadas a todas las naciones.
11 Cuando los lleven para entregarlos, no se
preocupen antes por lo que van a decir. Digan lo
que les sea dado en aquella hora, porque no serán
ustedes los que hablen, sino el Espíritu Santo.
12 El hermano entregará a la muerte a su
hermano, y el padre a su hijo. Los hijos se
levantarán contra sus padres y los harán morir.

13 Ustedes serán odiados por todos por causa de
mi nombre; pero el que persevere hasta el fin
será salvo.
14 Cuando vean la abominación desoladora
puesta donde no debe estar, el que lee, entienda,
entonces los que estén en Judea huyan a los
montes.
15 El que esté en la azotea no baje ni entre en la
casa para sacar algo.
16 Y el que esté en el campo no vuelva atrás
para tomar su manto.
17 ¡Ay de las mujeres que estén embarazadas y
de las que estén criando en aquellos días!
18 Oren para que su huida no sea en invierno.
19 Porque aquellos días serán de tribulación
como no la ha habido desde el principio de la
creación que Dios creó hasta ahora, ni la habrá.
20 Si el Señor no hubiera acortado aquellos días,
nadie sería salvo; pero por causa de los escogidos
que él escogió, acortó aquellos días.
21 Entonces, si alguien les dice: Miren, aquí está
el Cristo, o: Miren, allí está, no le crean.
22 Porque se levantarán falsos cristos y falsos
profetas, y harán señales y maravillas para
engañar, si fuera posible, aun a los escogidos.
23 Pero ustedes, cuídense. Miren que se lo he
dicho todo de antemano.
24 Pero en aquellos días, después de esa
tribulación, el sol se oscurecerá, y la luna no dará
su luz.
25 Las estrellas caerán del cielo, y los poderes
que están en los cielos serán sacudidos.
26 Entonces verán al Hijo del Hombre viniendo
en las nubes con gran poder y gloria.

27 Entonces él enviará a sus ángeles y reunirá a
sus escogidos de los cuatro vientos, desde el
extremo de la tierra hasta el extremo del cielo.
28 Aprendan de la higuera esta parábola:
cuando su rama se pone tierna y brotan las hojas,
ustedes saben que el verano está cerca.
29 Así también ustedes, cuando vean que
suceden estas cosas, sepan que él está cerca, a las
puertas.
30 De cierto les digo que no pasará esta
generación hasta que todo esto suceda.
31 El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras
no pasarán.
32 Pero nadie sabe de aquel día ni de aquella
hora, ni siquiera los ángeles que están en el cielo,
ni el Hijo, sino solo el Padre.
33 Miren, velen y oren, porque no saben cuándo
será el tiempo.
34 Es como un hombre que se fue lejos, dejó su
casa, dio autoridad a sus siervos, asignó a cada
uno su trabajo, y mandó al portero que velara.
35 Velen, pues, porque no saben cuándo vendrá
el dueño de la casa: si al atardecer, a medianoche,
al canto del gallo o por la mañana.
36 No sea que venga de repente y los encuentre
durmiendo.
37 Lo que les digo a ustedes, se lo digo a todos:
Velen.

14

1 Faltaban dos días para la Pascua y la fiesta de
los panes sin levadura. Los principales

sacerdotes y los escribas buscaban cómo arrestar
a Jesús con engaño y matarlo.
2 Pero decían: No durante la fiesta, para que no
haya alboroto entre el pueblo.
3 Jesús estaba en Betania, en casa de Simón el
leproso, sentado a la mesa. Entonces vino una
mujer con un frasco de alabastro lleno de
perfume de nardo puro, muy costoso. Quebró el
frasco y derramó el perfume sobre la cabeza de
Jesús.
4 Algunos se enojaron entre sí y decían: ¿Para
qué se desperdició este perfume?
5 Podía haberse vendido por más de trescientos
denarios y el dinero dado a los pobres. Y la
criticaban con dureza.
6 Pero Jesús dijo: Déjenla. ¿Por qué la molestan?
Ella ha hecho una buena obra conmigo.
7 Porque a los pobres siempre los tienen con
ustedes, y cuando quieran pueden hacerles bien;
pero a mí no siempre me tendrán.
8 Ella hizo lo que pudo. Se adelantó a ungir mi
cuerpo para la sepultura.
9 De cierto les digo que, dondequiera que se
predique estas buenas noticias en todo el mundo,
también se contará lo que ella hizo, en memoria
de ella.
10 Judas Iscariote, uno de los doce, fue a los
principales sacerdotes para entregarles a Jesús.
11 Al oírlo, ellos se alegraron y prometieron
darle dinero. Entonces Judas buscaba una
oportunidad para entregarlo.
12 El primer día de los panes sin levadura,
cuando se sacrificaba el cordero de la Pascua, sus

discípulos le preguntaron: ¿Dónde quieres que
vayamos a preparar para que comas la Pascua?
13 Jesús envió a dos de sus discípulos y les dijo:
Vayan a la ciudad. Allí les saldrá al encuentro un
hombre que lleva un cántaro de agua; síganlo.
14 Donde él entre, digan al dueño de la casa: El
Maestro dice: ¿Dónde está la sala donde voy a
comer la Pascua con mis discípulos?
15 Él les mostrará un gran aposento alto, ya
preparado y arreglado. Preparen allí para
nosotros.
16 Los discípulos salieron, llegaron a la ciudad y
encontraron todo como Jesús les había dicho. Y
prepararon la Pascua.
17 Al anochecer, Jesús vino con los doce.
18 Mientras estaban sentados a la mesa y
comían, Jesús dijo: De cierto les digo que uno de
ustedes, que come conmigo, me va a traicionar.
19 Ellos comenzaron a entristecerse y a decirle
uno por uno: ¿Seré yo?
20 Él les respondió: Es uno de los doce, el que
mete el pan conmigo en el plato.
21 El Hijo del Hombre va, tal como está escrito
de él; pero ¡ay de aquel hombre por medio de
quien el Hijo del Hombre es traicionado! Mejor le
habría sido a ese hombre no haber nacido.
22 Mientras comían, Jesús tomó pan, lo bendijo,
lo partió y se lo dio, diciendo: Tomen; esto es mi
cuerpo.
23 Luego tomó una copa, dio gracias y se la dio;
y todos bebieron de ella.
24 Él les dijo: Esto es mi sangre del nuevo pacto,
que es derramada por muchos.

25 De cierto les digo que no beberé más del
fruto de la vid hasta aquel día en que lo beba
nuevo en el reino de Dios.
26 Después de cantar un himno, salieron al
monte de los Olivos.
27 Jesús les dijo: Todos ustedes tropezarán por
causa de mí esta noche, porque está escrito:
Heriré al pastor, y las ovejas serán dispersadas.
28 Pero después de resucitar, iré delante de
ustedes a Galilea.
29 Pedro le dijo: Aunque todos tropiecen, yo no.
30 Jesús le respondió: De cierto te digo que tú,
hoy, esta misma noche, antes de que el gallo
cante dos veces, me negarás tres veces.
31 Pero Pedro decía con más fuerza: Aunque
tenga que morir contigo, no te negaré. Y todos
decían lo mismo.
32 Llegaron a un lugar llamado Getsemaní, y
Jesús dijo a sus discípulos: Siéntense aquí mientras
yo oro.
33 Tomó consigo a Pedro, Jacobo y Juan, y
comenzó a entristecerse y angustiarse mucho.
34 Les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la
muerte. Quédense aquí y velen.
35 Se adelantó un poco, cayó en tierra y oraba
que, si fuera posible, pasara de él aquella hora.
36 Decía: Abba, Padre, todo es posible para ti.
Aparta de mí esta copa; pero no se haga lo que yo
quiero, sino lo que tú quieres.
37 Volvió y los encontró durmiendo. Entonces
dijo a Pedro: Simón, ¿duermes? ¿No pudiste velar
una hora?

38 Velen y oren, para que no entren en
tentación. El espíritu está dispuesto, pero la carne
es débil.
39 Otra vez se fue y oró, diciendo las mismas
palabras.
40 Volvió de nuevo y los encontró durmiendo,
porque sus ojos estaban cargados de sueño; y no
sabían qué responderle.
41 Volvió por tercera vez y les dijo: ¿Todavía
duermen y descansan? Basta. La hora ha llegado.
Miren, el Hijo del Hombre es entregado en manos
de pecadores.
42 Levántense, vamos. Miren, se acerca el que
me traiciona.
43 Enseguida, mientras Jesús todavía hablaba,
llegó Judas, uno de los doce. Con él venía mucha
gente con espadas y palos, enviada por los
principales sacerdotes, los escribas y los
ancianos.
44 El que lo traicionaba les había dado una
señal, diciendo: Al que yo bese, ese es. Arréstenlo
y llévenlo bien asegurado.
45 Cuando llegó, se acercó enseguida a Jesús y le
dijo: Maestro, Maestro. Y lo besó.
46 Entonces ellos echaron mano a Jesús y lo
arrestaron.
47 Pero uno de los que estaban cerca sacó su
espada, hirió al siervo del sumo sacerdote y le
cortó una oreja.
48 Jesús les dijo: ¿Han salido con espadas y palos
para arrestarme como si yo fuera un ladrón?

49 Cada día estaba con ustedes enseñando en el
templo, y no me arrestaron. Pero esto sucede
para que se cumplan las Escrituras.
50 Entonces todos lo dejaron y huyeron.
51 Un joven lo seguía, cubierto solo con una
sábana sobre el cuerpo. Lo agarraron,
52 pero él dejó la sábana y huyó desnudo.
53 Llevaron a Jesús ante el sumo sacerdote. Allí
se reunieron todos los principales sacerdotes, los
ancianos y los escribas.
54 Pedro lo siguió de lejos hasta el patio del
sumo sacerdote. Se sentó con los guardias y se
calentaba junto al fuego.
55 Los principales sacerdotes y todo el concilio
buscaban testimonio contra Jesús para darle
muerte, pero no lo encontraban.
56 Muchos daban falso testimonio contra él,
pero sus testimonios no concordaban.
57 Entonces algunos se levantaron y dieron
falso testimonio contra él, diciendo:
58 Nosotros le oímos decir: Yo destruiré este
templo hecho por manos, y en tres días
construiré otro no hecho por manos.
59 Pero ni aun así concordaba su testimonio.
60 Entonces el sumo sacerdote se levantó en
medio y preguntó a Jesús: ¿No respondes nada?
¿Qué testifican estos contra ti?
61 Pero él guardó silencio y no respondió nada.
El sumo sacerdote volvió a preguntarle: ¿Eres tú
el Cristo, el Hijo del Bendito?
62 Jesús respondió: Yo soy. Y verán al Hijo del
Hombre sentado a la derecha del Poder, y
viniendo con las nubes del cielo.

63 Entonces el sumo sacerdote rasgó sus
vestiduras y dijo: ¿Qué más necesidad tenemos de
testigos?
64 Ustedes han oído la blasfemia. ¿Qué les
parece? Y todos lo condenaron como digno de
muerte.
65 Algunos comenzaron a escupirle, a cubrirle
el rostro, a darle puñetazos y a decirle: Profetiza.
También los guardias lo recibieron con golpes.
66 Mientras Pedro estaba abajo, en el patio,
llegó una de las criadas del sumo sacerdote.
67 Al ver a Pedro calentándose, lo miró y le dijo:
Tú también estabas con Jesús el nazareno.
68 Pero él lo negó, diciendo: No lo conozco, ni
entiendo lo que dices. Y salió al portal; entonces
cantó el gallo.
69 La criada lo vio otra vez y comenzó a decir a
los que estaban allí: Este es uno de ellos.
70 Pero él lo negó otra vez. Poco después, los
que estaban allí dijeron otra vez a Pedro: De
verdad eres uno de ellos, porque eres galileo, y tu
manera de hablar se parece.
71 Entonces él comenzó a maldecir y a jurar: No
conozco a ese hombre de quien hablan.
72 Enseguida el gallo cantó por segunda vez.
Entonces Pedro recordó las palabras que Jesús le
había dicho: Antes de que el gallo cante dos
veces, me negarás tres veces. Y al pensarlo, se
echó a llorar.

15

1 Muy temprano por la mañana, los principales
sacerdotes, con los ancianos, los escribas y todo

el concilio, hicieron consejo. Ataron a Jesús, lo
llevaron y lo entregaron a Pilato.
2 Pilato le preguntó: ¿Eres tú el Rey de los judíos?
Jesús le respondió: Tú lo dices.
3 Los principales sacerdotes lo acusaban de
muchas cosas.
4 Pilato volvió a preguntarle: ¿No respondes
nada? Mira de cuántas cosas te acusan.
5 Pero Jesús ya no respondió nada, de modo que
Pilato se maravillaba.
6 En la fiesta, Pilato acostumbraba soltarles un
preso, el que ellos pidieran.
7 Había uno llamado Barrabás, preso con los
rebeldes que habían cometido asesinato en una
revuelta.
8 La gente comenzó a pedirle a Pilato que
hiciera como siempre les había hecho.
9 Pilato les respondió: ¿Quieren que les suelte al
Rey de los judíos?
10 Porque sabía que los principales sacerdotes
lo habían entregado por envidia.
11 Pero los principales sacerdotes incitaron a la
gente para que les soltara más bien a Barrabás.
12 Pilato volvió a preguntarles: ¿Qué quieren,
entonces, que haga con el que ustedes llaman Rey
de los judíos?
13 Ellos gritaron otra vez: ¡Crucifícalo!
14 Pilato les dijo: ¿Pues qué mal ha hecho? Pero
ellos gritaban aún más fuerte: ¡Crucifícalo!
15 Pilato, queriendo complacer a la gente, les
soltó a Barrabás. Después mandó azotar a Jesús y
lo entregó para que fuera crucificado.

16 Los soldados llevaron a Jesús al patio del
palacio, es decir, al pretorio, y reunieron a toda la
tropa.
17 Lo vistieron de púrpura, trenzaron una
corona de espinas y se la pusieron.
18 Luego comenzaron a saludarlo: ¡Viva el Rey
de los judíos!
19 Le golpeaban la cabeza con una caña, le
escupían y, arrodillándose, le rendían burla.
20 Después de burlarse de él, le quitaron el
manto de púrpura, le pusieron su propia ropa y lo
sacaron para crucificarlo.
21 Obligaron a uno que pasaba, Simón de
Cirene, padre de Alejandro y de Rufo, que venía
del campo, a llevar la cruz de Jesús.
22 Llevaron a Jesús al lugar llamado Gólgota,
que significa Lugar de la Calavera.
23 Le dieron vino mezclado con mirra, pero él
no lo tomó.
24 Después lo crucificaron. Repartieron su
ropa, echando suertes para ver qué se llevaría
cada uno.
25 Era la hora tercera cuando lo crucificaron.
26 La inscripción de la acusación contra él decía:
EL REY DE LOS JUDÍOS.
27 Con él crucificaron a dos ladrones, uno a su
derecha y otro a su izquierda.
28 Así se cumplió la Escritura que dice: Y fue
contado entre los malvados.
29 Los que pasaban lo insultaban, moviendo la
cabeza y diciendo: ¡Ah! Tú que destruyes el
templo y lo reconstruyes en tres días,
30 sálvate a ti mismo y baja de la cruz.

31 De la misma manera, los principales
sacerdotes, junto con los escribas, se burlaban
entre sí y decían: A otros salvó; a sí mismo no se
puede salvar.
32 Que el Cristo, el Rey de Israel, baje ahora de
la cruz, para que veamos y creamos. También los
que estaban crucificados con él lo insultaban.
33 Cuando llegó la hora sexta, hubo oscuridad
sobre toda la tierra hasta la hora novena.
34 A la hora novena, Jesús clamó a gran voz:
Eloi, Eloi, ¿lama sabactani? Esto significa: Dios
mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?
35 Algunos de los que estaban allí, al oírlo,
decían: Miren, llama a Elías.
36 Entonces uno corrió, llenó una esponja de
vinagre, la puso en una caña y le dio de beber,
diciendo: Déjenlo; veamos si Elías viene a bajarlo.
37 Pero Jesús, dando un fuerte grito, entregó su
espíritu.
38 Entonces la cortina del templo se rasgó en
dos, de arriba abajo.
39 Cuando el centurión que estaba frente a él
vio cómo entregó su espíritu, dijo:
Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.
40 También había mujeres mirando de lejos.
Entre ellas estaban María Magdalena, María la
madre de Jacobo el menor y de José, y Salomé.
41 Ellas seguían a Jesús y le servían cuando él
estaba en Galilea. También había muchas otras
mujeres que habían subido con él a Jerusalén.
42 Ya era tarde. Como era el día de la
preparación, es decir, el día antes del día de
reposo,

43 vino José de Arimatea, miembro respetado
del concilio, quien también esperaba el reino de
Dios. Él entró con valor ante Pilato y pidió el
cuerpo de Jesús.
44 Pilato se sorprendió de que Jesús ya hubiera
muerto. Llamó al centurión y le preguntó si ya
había muerto.
45 Cuando lo supo por el centurión, entregó el
cuerpo a José.
46 José compró una sábana de lino, bajó el
cuerpo, lo envolvió en la sábana y lo puso en un
sepulcro cavado en una roca. Luego hizo rodar
una piedra a la entrada del sepulcro.
47 María Magdalena y María, la madre de José,
miraban dónde lo ponían.

16

1 Cuando pasó el día de reposo, María
Magdalena, María la madre de Jacobo, y Salomé
compraron especias aromáticas para ir a ungir el
cuerpo de Jesús.
2 Muy temprano, el primer día de la semana,
llegaron al sepulcro cuando ya había salido el sol.
3 Se decían unas a otras: ¿Quién nos quitará la
piedra de la entrada del sepulcro?
4 Pero al mirar, vieron que la piedra ya había
sido removida, aunque era muy grande.
5 Al entrar en el sepulcro, vieron a un joven
sentado al lado derecho, vestido con una ropa
blanca; y se asustaron.
6 Pero él les dijo: No se asusten. Ustedes buscan
a Jesús de Nazaret, el que fue crucificado. Ha

resucitado; no está aquí. Miren el lugar donde lo pusieron.
7 Pero vayan y digan a sus discípulos, y a Pedro:
Él va delante de ustedes a Galilea. Allí lo verán,
como les dijo.
8 Ellas salieron y huyeron del sepulcro, porque
les había venido temblor y asombro. Y no dijeron
nada a nadie, porque tenían miedo.
9 Después de resucitar, muy temprano el
primer día de la semana, Jesús se apareció
primero a María Magdalena, de quien había
echado fuera siete demonios.
10 Ella fue y dio la noticia a los que habían
estado con él, que estaban tristes y llorando.
11 Pero ellos, cuando oyeron que Jesús vivía y
que ella lo había visto, no le creyeron.
12 Después de esto, Jesús se apareció en otra
forma a dos de ellos, mientras iban caminando
hacia el campo.
13 Ellos fueron y lo anunciaron a los demás;
pero tampoco les creyeron.
14 Más tarde se apareció a los once mientras
estaban sentados a la mesa. Les reprendió su
incredulidad y dureza de corazón, porque no
habían creído a los que lo habían visto resucitado.
15 Y les dijo: Vayan por todo el mundo y
prediquen las buenas noticias a toda criatura.
16 El que crea y sea bautizado será salvo; pero
el que no crea será condenado.
17 Estas señales acompañarán a los que creen:
en mi nombre echarán fuera demonios; hablarán
nuevas lenguas;

18 tomarán serpientes en sus manos; y si beben
algo mortal, no les hará daño. Pondrán las manos
sobre los enfermos, y sanarán.
19 Después de hablarles, el Señor Jesús fue
recibido arriba en el cielo y se sentó a la derecha
de Dios.
20 Ellos salieron y predicaron en todas partes, y
el Señor trabajaba con ellos, confirmando la
palabra con las señales que la acompañaban.
Amén.

La Biblia en Español Sencillo 2026
The Holy Bible in Simple Spanish, 2026

Public Domain

Language: Español (Spanish)

Dialect: Latin America/Mexico

Translation by: AudioBiblia.org

La Biblia en Español Sencillo 2026

traducido y editado por Irma Flores

email: info@audiobiblia.org

audiobiblia.org

2026-10-30

PDF generated using Haiola and XeLaTeX on 30 Oct 2026 from source files dated 30 Oct 2026
45169fd9-2075-59c7-9c7c-6c4d221175a8